



Humanismo en el siglo XVI

Humanism in the Sixteenth century

■ Nuestro «Siglo de Oro» fue el resultado de un constante y enérgico florecer. No fue algo súbito. El terreno ya había sido abonado en el siglo anterior, y de manera muy especial, por la reina Isabel, a la que no le faltó el apoyo de su marido. A ella debemos —en último término— el auge de la Universidad de Salamanca, la creación de la de Alcalá, la difusión de la imprenta y una de las mayores gestas científicas de todos los tiempos: el descubrimiento por Europa del Nuevo Mundo.

Sería un error considerar los acontecimientos de 1492 como una simple suma de casualidades. Alborea ese año con la conquista de Granada, continúa con la homogeneización ideológica, a través de la religión —así se hacía entonces y no con el Gulag—, culmina con la llegada de Colon a América, sin olvidar la presentación a Isabel de la primera gramática de la lengua de Nebrija.

Pese a la Inquisición, en España dio comienzo uno de sus mejores momentos de creación cultural. Aunque en no pocas ocasiones a base de callar y disimular. Otro camino siguió la ciencia, que es como es, por lo que lo aconsejable era no indagar sobre la verdad científica para no contradecir la verdad revelada.

Durante tres generaciones —la de Carlos I, Felipe II y Felipe III—, la Monarquía hispánica siguió los grandes ejes trazados por Isabel y Fernando. A despecho de la insuficiencia financiera de la Corte y de otras muchas carencias, el Imperio se hizo cada vez más extenso y no dejó de responder a cada arremetida del protestantismo. Su misión espiritual se convirtió en una obsesión. El desprecio a lo terrenal, la falta de inversión y, sobre todo, la incompreensión del mundo burgués impidieron la creación de verdaderas sociedades mercantiles capaces de explotar todo lo que ofrecía el Imperio en el que nunca se ponía el Sol. Impericia que acabaría suponiendo un peso insoportable para los monarcas y sus cada vez más exangües súbditos.

La mística no solo inundó los conventos y la literatura, sino también el arte. Un cretense hispanizado —que sintetizó como nadie el hieratismo bizantino, el atrevimiento de los maestros italianos y los valores de Castilla— fue capaz con su pincel de poner orden en la Tierra y en el mundo celeste, hacia donde proyectaba sus alargadas figuras con una fisionomía nunca vista. El Greco, sin duda, supo entender el significado de Trento y la singular vida interior de los que moraban en la Meseta.

Alrededor de 1520 ya había asimilado España, como otras naciones europeas, la idea de que no se puede ser nada sin una cuidada educación (¿qué pena que lo hayamos olvidado!) y aquellos que la recibían ingresaban en la *República de las Letras*, donde nadie se sentía extraño porque todos habían aprendido cosas similares y de forma parecida; además, se entendían en una lengua común.

En ese feraz ambiente calaron muy hondo en España, en la primera mitad del dieciséis, las enseñanzas de Erasmo. A tal punto que Bataillon ha llegado a hablar de una «invasión erasmiana», invasión que fue más allá de lo religioso, político e ideológico, pues dio lugar — en aquella época y en palabras de Abellán— a un «verdadero estado social». Muchas de nuestras mejores cabezas fueron seducidas por el pensamiento del roterdamés, entre ellas, la de López de Hoyos (a cuya figura dedicamos un artículo en este número) y su discípulo, Cervantes. La nómina es muy extensa, pero recordemos para no cansar solo a Vives, los Valdés, Andrés Laguna o al propio Carlos I. Gracias a él se libraron de dar demasiadas explicaciones a la Inquisición algunos de nuestros humanistas. Incluso, Erasmo fue invitado en 1517 por el Cardenal Cisneros a impartir clases en la Universidad de Alcalá, ofrecimiento que rehusó con su célebre «Non placet Hispania». Curiosa respuesta, pues era aquí donde gozaba de más prestigio y de legiones de seguidores en todos los estratos sociales. El maestro sabía el porqué.

Pero Castilla, que había hecho su gran encuentro con Europa de la mano del Emperador con su lema *Plus Ultra*, no estaba dispuesta a ceder su hegemonía en la defensa de la ortodoxia y bajo el reinado de Felipe II (1556-1598), un humanista convertido en adalid de la Contrarreforma, se fue cerrando al exterior con gran perjuicio para sus propios intereses. Se llegó a prohibir salir a estudiar en las universidades extranjeras (Pragmática de 22-11-1559). De este modo —en palabras de Vicens Vives— «se extinguió el compromiso intentado por la intelectualidad de las dos generaciones anteriores, en las que la defensa de la pureza de la fe, la inquebrantable ortodoxia, no habían vedado fecundísimas incursiones en el campo del humanismo occidental». Y el erasmismo no tuvo más salida que convertirse en un río subterráneo y, claro está, menos caudaloso. Su huella, sin embargo, no desapareció del todo, llegando a afirmar Bataillon, algo que solo en apariencia es atrevido, «Si España no hubiese pasado por el erasmismo, no nos habría dado el *Quijote*».

José Luis Puerta
jl_puerta@yahoo.com



Al igual que siempre, los que hacemos esta Revista de Humanidades agradecemos a los amables lectores su fidelidad y a nuestra benefactora, la Fundación Pfizer, el apoyo incondicional con el que nos distingue. Hasta el próximo mes de junio.